

**María Antonieta Josefa, Archiduquesa de Austria**

En efecto, como había dicho Bálamo, no había que perder tiempo; por el camino, de ordinario tan pacífico, que conducía de la carretera al castillo del barón de Taverney, oíase un gran ruido de carruajes, de caballos y de voces.

Tres carrozas, una de las cuales, enajada de dorados y bajos relieves mitológicos, no estaba, á pesar de su magnificencia, menos empolvada y llena de barro que las otras, se pararon delante de la puerta principal que tenía abierta Gilberto, cuyos dilatados ojos y temblor febril revelaban su viva inquietud al aspecto de tantas grandezas.

Veinte caballeros, todos jóvenes y brillantes, pasaron á colocarse cerca del coche principal al apearse de él, apoyada en un hombre vestido de negro con el gran cordón de la Orden en sotuer debajo del fraque, una joven de quince á diez y seis años, sin polvos en su peinado, pero tan sencillo éste que no impedía á sus cabellos elevarse un pie sobre su frente.

María Antonieta, pues era ella, llegaba á Francia con una fama de belleza de que no gozaban todas las princesas destinadas á compartir el trono de Francia. Era difícil formar una opinión sobre sus ojos, que, sin ser precisamente hermosos, tomaban á su antojo todas las expresiones, y especialmente las tan ópuestas de

dolor y de desdén; su nariz era bien hecha, su labio superior hermoso, pero el inferior, aristocrática herencia de diez y siete Césares, demasiado grueso y saliente, y hasta caído á veces, no parecía sentar bien á su lindo rostro, sino cuando este rostro quería expresar la cólera ó la indignación. Su color era admirable; veíase circular la sangre bajo el delicado tejido de su cutis; su pecho, su garganta y hombros eran de una suprema belleza; sus manos eran reales. Tenía dos modos de andar distintos: el uno, que ella tomaba, era firme, noble y un poco acelerado; el otro, de que no se cuidaba, era suave, balanceado y, por decirlo así, cariñoso. Jamás mujer ha hecho la reverencia con más gracia, jamás reina ha saludado con más ciencia, inclinada la cabeza una sola vez para diez personas, y dando á cada uno con esta única inclinación lo que le pertenecía.

Ese día, María Antonieta tenía un mirar de mujer, su sonrisa de mujer, y aun de mujer dichosa; estaba resuelta, si posible era, á no ser Delfina del día. Reinaba en su semblante la más dulce calma, y sus ojos estaban animados de la más hechicera benevolencia. Llevaba un vestido de seda blanco, y sus hermosos brazos desnudos soportaban una manteleta de tupido encaje.

Apenas se apeó, se volvió para ayudar á bajar del coche á una dama de honor un poco pesada por su edad; luego, rehusando el brazo que le ofrecía el hombre del fraque negro y cordón azul, se adelantó, libre, aspirando el aire y mirando en torno suyo, como si quisiese aprovechar hasta en sus menores detalles la rara libertad que tomaba.

— ¡Qué hermoso sitio, qué bellos árboles, qué casita tan linda! dijo. ¡Qué feliz debe ser uno con este aire puro, y bajo estos árboles tan copudos!

En este momento llegó Felipe de Taverney seguido de Andrea, quien con sus largos cabellos trenzados, y un vestido de batista cruda, daba el brazo al barón, el cual vestía una hermosa casaca de terciopelo azul de rey, resto de su antiguo esplendor. Se supone que, según la recomendación de Bálamo, el barón no había olvidado su gran cordón de San Luis.

La Delfina se paró al ver las dos personas que se dirigían hacia ella.

Agrupóse en torno de la joven princesa su corte; oficiales con sus caballos de la brida, cortesanos con el sombrero en la mano, apoyándose en los brazos unos de otros y cuchicheando por lo bajo.

Acercóse á la Delfina Felipe de Taverney, pálido de emoción, y con una nobleza melancólica:

— Señora, le dijo, si V. A. R. me lo permite, tendré el honor de presentarle al barón de Taverney Casa-Roja, mi padre, y la señora Clara Andrea de Taverney, mi hermana.

El barón hizo una profunda inclinación como un hombre que sabía saludar á las reinas. Andrea desplegó toda la gracia de la elegante timidez, toda la cortesanía, tan lisonjera, de un sincero respeto.

María Antonieta miraba á los dos jóvenes, y como recordaba lo que le había dicho Felipe de la pobreza de su padre, adivinaba lo que sufrían.

— Señora, dijo el barón con una voz llena de dignidad, V. A. R. hace demasiado honor al castillo de Taverney; residencia tan humilde no es digna de recibir tanta nobleza y hermosura.

— Sé que estoy en casa de un soldado veterano de Francia, respondió la Delfina, y mi madre la emperatriz María Teresa, que ha hecho mucho tiempo la guerra, me ha dicho que en vuestro país los más ricos de gloria son casi siempre los más pobres de dinero.

Y con inefable gracia alargó la mano á Andrea, quien la besó hincando una rodilla en tierra.

Entretanto el barón, todo adsorto en su idea dominante, se asustaba con aquel gran número de personas que iban á llenar su casita en que no había asientos.

De repente le sacó la Delfina de su embarazo.

— Caballeros, dijo volviéndose hacia las personas que formaban su escolta, no debéis soportar la fatiga de mis caprichos, ni gozar del privilegio de una Delfina. Os ruego que me aguardéis aquí, pues vuelvo dentro de media hora. Acompañadme, mi buena Langershausen, dijo en alemán á la señora á quien había ayudado á apearse del coche. Seguidme, señor, dijo al que estaba vestido de negro.

Éste que, bajo su sencillo fraque, presentaba una elegancia notable, tenía apenas treinta años, hermosa cara y modales graciosos. Se retiró para dejar pasar á la princesa.

María Antonieta tomó á su lado á Andrea é hizo seña á Felipe para que fuese cerca de su hermana.

En cuanto al barón, se halló cerca del personaje, eminente sin duda, á quien la Delfina dispensaba el honor de acompañarla.

— ¿Conque sois un Taverney-Casa-Roja? dijo éste al barón arreglando con aristocrática impertinencia su magnífica pechera de encaje de Inglaterra.

— ¿Debo trataros de señor ó de monseñor? preguntó el barón con no menor impertinencia que el gentilhombre vestido de negro.

— Tratadme simplemente de príncipe, respondió éste; ó dadme eminencia, si lo preferís.

— Pues bien; sí, eminentísimo, soy un verdadero Taverney Casa-Roja, dijo el barón sin dejar enteramente el tono burlón que rara vez deponía.

El eminentísimo, que tenía el tacto de los grandes

señores, percibió fácilmente que tenía que habérselas con algo más que con un hidalgo pelón.

— ¿Esta casa es vuestra residencia de verano? continuó.

— De verano y de invierno, replicó el barón que deseaba poner término á preguntas desagradables, pero acompañando cada respuesta con una grande salutación.

Felipe, por su parte, se volvía de vez en cuando hacia su padre con inquietud. La casa parecía, en efecto, aproximarse amenazadora é irónica para mostrar implacablemente su pobreza.

Ya el barón extendía la mano hacia el umbral desierto de visitantes, cuando volviéndose hacia él la Delfina:

— Dispensadme, caballero, le dijo, que no entre en la casa; estas sombras me agradan tanto que pasaría aquí mi vida. Estoy algo cansada de salones, pues hace quince días que me reciben en ellos, cuando sólo me gustan el aire, la sombra y el perfume de las flores.

Luego dirigiéndose á Andrea:

— Señorita, ¿tendréis á bien mandar que me traigan bajo estos árboles una taza de leche?

— ¿Cómo atreverse á ofrecer á V. A. tan triste colación? dijo el barón palideciendo.

— Es lo que más me gusta, con huevos frescos, caballero. Huevos frescos y leche eran mis festines en Schönbrunn.

De repente, La Brie, radiante y henchido de orgullo con una magnífica librea, se presentó con una servilleta en la mano delante de un pabellón de jazmines cuya sombra parecía envidiar la Delfina algunos instantes después.

— S. A. R. está servida, dijo con una voz sonora y respetuosa, imposible de describir.

— ¡Oh, estoy en casa de un encantador! exclamó la princesa riendo.

Y corrió hacia el odorífero toldo.

El barón, muy inquieto, olvidó la etiqueta, y se separó del gentilhomme vestido de negro para seguir á la Delfina.

Felipe y Andrea se miraban con una mezcla de asombro y ansiedad, si bien dominaba esta visiblemente.

La Delfina, al llegar bajo los arcos de verdura, dió un grito de sorpresa. El barón, que llegaba detrás, exhaló un suspiro de satisfacción.

Andrea dejó caer sus manos con un aire que quería decir: ¿Qué significa esto, Dios mío?

La joven Delfina observó al soslayo toda esta pantomima: aun cuando su corazón no se los hubiera ya hecho adivinar, tenía un talento capaz de comprender estos misterios.

Bajo las enredaderas de clemátidas, jazmines y madreselvas floridas, cuyos nudosos tallos lanzaban mil espesas ramas, estaba colocada una mesa ovalada, resplandeciente así por el brillo del mantel de damasco que la cubría, como por su servicio de plata sobredorada y cincelada.

Diez cubiertos estaban aguardando á diez convidados.

Una colación esmerada, pero de una composición extraña, había desde luego atraído las miradas de la Delfina.

Componíase de frutas exóticas bañadas en azúcar, confites de todos los países, bizcochos de Alepo, naranjas de Malta, limones y toronjas de inaudito tamaño, colocado todo en vastas copas. En fin, los vinos más exquisitos de todas clases, color rubí y de topacio, en cuatro admirables garrafas talladas y grabadas en Persia.

La leche que había pedido la Delfina llenaba un tazón de plata sobredorada.

La Delfina miró en torno suyo, y no vió en sus huéspedes más que rostros pálidos y asustados.

Las personas de la escolta se admiraban y regocijaban sin comprender ni pretender comprender nada.

— ¿ Parece que me aguardabais ? preguntó la Delfina al barón de Taverney.

— ¿ Yo, señora ? balbuceó éste.

— Sin duda no se hacen en diez minutos tales preparativos, y apenas hace ese tiempo que estoy en vuestra casa.

Y acabó su frase mirando á La Brie, lo cual quería decir :

— Especialmente, cuando no se tiene más que un criado.

— Señora, respondió el barón, en efecto aguardaba á V. A. R., ó más bien estaba advertido de su llegada.

La Delfina se volvió hacia Felipe.

— ¿ Según eso, habéis escrito, caballero ? preguntó.

— No, señora.

— Nadie sabía que yo debiese llegar á vuestra casa, caballero ; casi yo misma lo ignoraba, porque me ocultaba mi deseo á mí misma para no causar aquí tanto embarazo como causo ; sólo esta noche he hablado de ello á vuestro hijo, el cual estaba aun cerca de mí hace una hora, y solo ha podido precederme algunos minutos.

— En efecto, señora, un cuarto de hora apenas.

— Entonces, es alguna hada quien os lo ha revelado ; tal vez la madrina de la señorita, añadió la Delfina sonriendo y mirando á Andrea.

— Señora, dijo el barón ofreciendo una silla á la princesa, no es una hada quien me ha advertido vuestra llegada, es.....

— ¿ Es?... repitió la princesa viendo al barón vacilar.

— ¿ Á fe mía ! es un encantador !

— ¿ Un encantador ! ¿ Cómo es eso ?

— No sé nada, porque no me meto en brujerías ; pero, en fin, es él, señora, á quien debo el recibir á V. A. R. algo decentemente, dijo el barón.

— Entonces no podemos tocar á nada, dijo la Delfina, puesto que esta colación que aquí tenemos, es obra de brujería, y S. Em. se apresura demasiado, añadió dirigiéndose al señor vestido de negro, á abrir este pastel de Estrasburgo que de seguro no probaremos. Y vos, mi querida amiga, dijo á su aya, desconfiad de ese vino de Chipre, y haced lo que yo.

Diciendo esto, la Delfina echó de una garrafa esférica y de corto cuello, un gran vaso de agua en un cubilete de oro.

— Pero, en efecto, dijo Andrea con cierto espanto, puede que tenga razón S. A.

Felipe temblaba de sorpresa, é ignorando cuanto había pasado la víspera, miraba alternativamente á su padre y á su hermana, procurando adivinar en sus miradas lo que ellos mismos no adivinaban.

— Es contra los dogmas, dijo la Delfina, y el señor cardenal va á pecar.

— Señora, dijo el prelado, somos demasiado mundanos, nosotros los príncipes... de la Iglesia, para creer en la cólera celeste con motivo de vituallas, y particularmente demasiado humanos para quemar á los honrados brujos que con tan ricos manjares nos regalan.

— No os chanceéis, monseñor, dijo el barón. Juro á V. Em. que el autor de todo esto es un brujo, muy brujo, que me ha predicho, hace como una hora, la llegada de S. A. y la de mi hijo.

— ¿ Hace como una hora ? preguntó la Delfina,

— Sí, á lo sumo.

— ¿Y en una hora habéis tenido tiempo para preparar esta mesa, poner en contribución las cuatro partes del mundo para reunir estas frutas, traer los vinos de Tokey, Constanza, Chipre y Málaga? En ese caso, caballero, sois más brujo que vuestro mismo brujo.

— No, señora; es él, nadie más que él.

— ¿Cómo nadie más que él?

— Sí, él es quien ha hecho salir de la tierra esta mesa servida y en el estado en que la veis.

— ¿Á fe de caballero? preguntó la princesa.

— Á fe de gentilhombre, respondió el barón.

— ¡Esas tenemos! exclamó el cardenal con la mayor seriedad, y abandonando el plato. Creía que os chanceabais.

— No, E. S.

— ¿Tenéis en vuestra casa un brujo, un verdadero brujo?

— ¡Un verdadero brujo!... Y nada extrañaría que el oro de este servicio fuese hechura suya.

— ¿Si poseerá el secreto de la piedra filosofal? exclamó el cardenal, brillando en sus ojos la codicia.

— ¡Oh, cuánto interés tiene eso para el señor cardenal, dijo la princesa, que ha andado buscándola toda su vida sin poder hallarla!

— Confieso á V. A., respondió el mundano eminentísimo, que no hallo nada tan interesante como las cosas sobrenaturales, nada más curioso que las cosas imposibles.

— ¡Hola, parece que os he tocado en el flaco! dijo la Delfina; todo gran hombre tiene sus misterios, especialmente si es diplomático. También yo os lo advierto, señor cardenal, soy muy diestra en brujería,

y adivino á veces cosas, si no imposibles ó sobrenaturales, á lo menos... increíbles.

Este era sin duda un enigma sólo comprensible para el cardenal, porque se mostró visiblemente embarazado. Verdad es que en los ojos tan dulces de la Delfina, había brillado al hablarle uno de esos relámpagos que eran en ella el prestigio de una borrasca interior.

Sin embargo, solo brilló el relámpago, sin oírse el trueno. La Delfina se contuvo y repuso:

— Vamos, señor de Taverney, para completar la fiesta, enseñadnos vuestro brujo. ¿En dónde está, en qué caja le habéis metido?

— Señora, respondió el barón, antes bien es él quien sería capaz de meterme á mí y mi casa en una caja.

— En verdad que picáis mi curiosidad, dijo la Delfina; decididamente, caballero, quiero verle.

El tono con que esto fué dicho, aunque sin perder aquel encanto que María Antonieta sabía dar á sus palabras, no admitía réplica. El barón, que permanecía en pie con sus hijos para servir á la Delfina, lo comprendió perfectamente. Hizo una seña á La Brie, quien, en vez de servir, contemplaba á los ilustres convidados y parecía cobrarse con esta vista de veinte años de soldadas atrasadas.

Éste levantó la cabeza.

— Vaya usted á advertir al barón José Bálsamo, dijo Taverney, que S. A. R. la Delfina desea verle.

La Brie partió.

— ¡José Bálsamo! dijo la Delfina, ¡qué nombre singular.

— ¡José Bálsamo! repitió el cardenal como soñando, me parece que conozco ese nombre.

Cinco minutos trascurrieron, sin que á nadie ocurriese romper el silencio.

De repente, estremeci6se Andrea, pues oía, antes que fuese perceptible á los oídos de los demás, un paso que se adelantaba bajo el follaje.

Apartáronse las ramas, y José Bálamo apareció precisamente en frente de María Antonieta.

## XIII

## Magia

Bálamo se inclinó humildemente, pero casi en el mismo instante levantó la cabeza llena de inteligencia y expresión. Fijó, aunque con respeto, su penetrante mirada en la Delfina, y aguardó silencioso á que ésta le interrogase.

— Si sois vos de quien acaba de hablarnos el señor de Taverney, dijo María Antonieta, acercaos, caballero, y que veamos qué cara tiene un mago.

Bálamo se adelantó otro paso en silencio, y se volvió á inclinar.

— ¿Hacéis el oficio de adivino, caballero? dijo la Delfina mirando á Bálamo con mayor curiosidad tal vez de la que quería dispensarle, y bebiendo la leche á sorbitos.

— Yo no hago ese oficio, señora, dijo Bálamo, pero predigo.

— He sido educada en la fe ilustrada, dijo la Delfina, y los únicos misterios que creo, son los de la religión católica.

— Son, sin duda, venerables, respondió Bálamo con un recogimiento profundo, pero ahí tenéis al señor cardenal de Rohán que, aunque es príncipe de la Iglesia, dirá á V. A., que no son los únicos misterios dignos de respeto.

El cardenal se estremeció, pues no había dicho su